

John le Carré

Volar en círculos





VOLAR EN CÍRCULOS





JOHN LE CARRÉ

VOLAR EN CÍRCULOS
Historias de mi vida

Traducción de Claudia Conde



EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *The Pigeon Tunnel*

© David Cornwell, 2016

© por la traducción, Claudia Conde, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición del libro completo: septiembre de 2016

ISBN de la obra completa: 978-84-08-15586-7

Composición: Fotocomposición gama, sl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PREFACIO

Prácticamente no hay libro mío que no haya tenido por título provisional, en algún momento, *The Pigeon Tunnel* (literalmente, «el túnel de las palomas»). Su origen es fácil de explicar. Era yo un adolescente cuando mi padre decidió llevarme en una de sus escapadas de jugador a Montecarlo. Cerca del antiguo casino estaba el club deportivo y, a sus pies, una extensión de césped y un polígono de tiro que daba al mar. Bajo la hierba discurrían pequeñas galerías paralelas que iban en fila hasta la orilla. Por esos túneles introducían palomas vivas, nacidas y atrapadas bajo el tejado del casino, cuya función consistía en avanzar aleteando por las galerías oscuras hasta salir al cielo del Mediterráneo, para servir de diana a los deportivos caballeros bien alimentados que las esperaban, de pie o tumbados, con sus escopetas. Las palomas que se salvaban o solamente resultaban heridas hacían lo que suelen hacer las palomas: volvían a su lugar de nacimiento bajo el tejado del casino, donde las esperaban las mismas trampas.

El hecho de que esa imagen me haya perseguido durante tanto tiempo es algo que quizá el lector sabrá juzgar mejor que yo.

JOHN LE CARRÉ

Enero de 2016



INTRODUCCIÓN

Estoy sentado ante mi escritorio, en el sótano del pequeño chalet suizo que construí con los beneficios de *El espía que surgió del frío*, en un pueblo de montaña a noventa minutos en tren de Berna, la ciudad a la que me fugué a los dieciséis años desde mi selecto colegio británico y en cuya universidad me acabé matriculando. Los fines de semana, un buen puñado de estudiantes, chicos y chicas, en su mayoría berneses, subíamos en masa hasta Oberland para dormir apretujados en cabañas y esquiar hasta caer rendidos. Por lo que sé, éramos la encarnación misma de la decencia: los chicos por un lado y las chicas por otro. Juntos pero no revueltos. Y si algunos se revolvían, yo no era uno de ellos.

El chalet domina el pueblo. Por mi ventana, si levanto mucho la vista, diviso las cumbres del Eiger, el Mönch y el Jungfrau, y, lo más hermoso de todo, el Silberhorn y el Kleines Silberhorn medio peldaño más abajo: dos conos de hielo dulcemente aguzados que de vez en cuando sucumben a la oscura monotonía, bajo el caluroso viento del sur llamado *föhn*, para reaparecer días más tarde en toda su gloria virginal.

Entre nuestros santos patronos, tenemos al ubicuo

compositor Mendelssohn —con un sendero propio convenientemente señalado—, al poeta Goethe, que sin embargo no parece que haya llegado más allá de las cataratas del Lauterbrunnental, y al poeta Byron, que visitó la Wengernalp y le pareció horrenda; dijo que la visión de nuestros bosques azotados por las tormentas le recordaban «a mí mismo y a mi familia».

Pero el más venerado de nuestros ídolos es sin duda Ernst Gertsch, que trajo fama y prosperidad al pueblo con la inauguración en 1930 del Trofeo de Esquí del Laubhorn, donde él mismo ganó la prueba de eslalon. Una vez cometí la locura de participar y, por una combinación de ineptitud y miedo en estado puro, me di el previsible batacazo. Según mis investigaciones, no conforme con ser el padre de las carreras de esquí, Ernst nos dejó los cantos de acero de nuestros esquís y la base metálica de nuestras fijaciones, por lo que todos podemos estarle muy agradecidos.

Como estamos en mayo, tenemos el clima de todo un año concentrado en una semana: ayer, unos sesenta centímetros de nieve en polvo y ni un solo esquiador para disfrutarla; hoy, un sol abrasador y sin barreras, la nieve casi desaparecida y las flores primaverales otra vez en escena. Y ahora, al anochecer, nubarrones de tormenta de un gris azulado, listos para marchar sobre el valle del Lauterbrunnental como la Grande Armée de Napoleón.

Es probable que a su estela vuelva el *föhn*, que en los últimos días nos ha ahorrado su presencia, y entonces el cielo, los prados y los bosques perderán su color, el chalet se sacudirá y crujiará, el humo de la chimenea se derramará sobre la alfombra por la que pagamos un precio excesivo

aquella tarde de lluvia en Interlaken, durante el invierno sin nieve de un año que no logro ubicar, y cada repique o graznido que suba del valle sonará como un hosco grito de protesta. Todos los pájaros permanecerán confinados en sus nidos mientras dure el viento, excepto las chovas, que no aceptan órdenes de nadie. Cuando sopla el *föhn*, no conduzcas, ni le propongas matrimonio a nadie. Si te duele la cabeza o tienes ganas de matar a tu vecino, consuélate. No es la resaca, es el *föhn*.

El chalet ocupa en mis ochenta y cuatro años de vida un lugar desproporcionado para su tamaño. En los años anteriores a su construcción, cuando yo era un muchacho, solía venir al pueblo, primero para esquiar con esquíes de madera de fresno o nogal americano, provistos de piel de foca para los ascensos y de fijaciones de cuero para los descensos, y, más adelante, para hacer excursiones estivales por la montaña con mi sabio mentor de Oxford, Vivian Green, que tiempo después sería rector del Lincoln College y que me regaló con su ejemplo la vida interior de George Smiley.

No es coincidencia que Smiley, como Vivian, amara los Alpes suizos, ni que encontrara, como Vivian, consuelo en el paisaje, ni que tuviera, como yo, una relación perenne e irreconciliable con la musa alemana.

Fue Vivian quien aguantó mis peroratas sobre Ronnie, mi descarriado padre, y también fue él, cuando Ronnie cayó en una de sus bancarrotas más espectaculares, quien reunió el dinero necesario para que yo pudiera terminar los estudios.

En Berna yo había conocido al heredero de la familia más antigua de hoteleros del Oberland. Sin la influencia

que mi amigo llegó a tener más adelante, jamás me habrían dejado construir el chalet, ya que ni entonces ni ahora estaba permitido que un extranjero poseyera ni un solo centímetro cuadrado de suelo del pueblo.

También en Berna hice mis primeros pinitos en la Inteligencia británica, informando de no sé muy bien qué a no sé muy bien quién. Últimamente, paso muchos ratos perdidos preguntándome cómo habría sido mi vida si no hubiera salido huyendo de mi colegio británico, o si hubiera escapado en otra dirección. Tengo la impresión de que todo lo sucedido a partir de entonces fue consecuencia de aquella impulsiva decisión adolescente de huir de Inglaterra por la vía más rápida posible y de abrazar a la musa alemana como madre adoptiva.

Yo no era un fracasado en el colegio, sino al contrario; era capitán de cosas diversas, ganador de premios escolares y potencial triunfador. Mi retirada fue muy discreta. No despotriqué, ni me puse a dar gritos. Simplemente, dije: «Papá, puedes hacer lo que quieras conmigo, pero no pienso volver». Y es probable que también culpara al colegio de todos mis infortunios —y a Inglaterra por añadidura—, aunque mi auténtico motivo era quitarme a mi padre de encima a toda costa, algo que difícilmente habría podido confesarle a él. Desde entonces, por supuesto, he visto hacer lo mismo a mis propios hijos, aunque con más elegancia y mucho menos alboroto.

Pero nada de eso responde a la pregunta básica de la dirección que de otro modo habría tomado mi vida. Sin Berna, ¿me habría reclutado la Inteligencia británica como chico de los recados para hacer lo que la gente del gremio denomina *un poco de todo*? En aquella época todavía no

había leído *Ashenden*, de Maugham, pero ciertamente conocía la novela *Kim*, de Kipling, y había leído un montón de historias chovinistas de aventuras, como las escritas por G. A. Henty y otros autores similares. Dornford Yates, John Buchan y Rider Haggard de ninguna manera podían estar equivocados.

Y, naturalmente, apenas cuatro años después del final de la guerra, yo era el mayor patriota británico del mundo occidental. En mi escuela preparatoria, los chicos nos habíamos vuelto expertos en desenmascarar espías alemanes en nuestras filas, y yo era uno de nuestros mejores agentes de contraespionaje. Después, en mi exclusivo colegio, nuestro fervor patriótico no tenía límites. Hacíamos *Corps* —entrenamiento militar en uniforme— dos veces por semana. Nuestros profesores más jóvenes habían vuelto bronceados de la guerra y los días de *Corps* lucían las cintas de sus condecoraciones. Mi profesor de alemán había vivido en la guerra experiencias maravillosamente misteriosas. Nuestro consejero vocacional nos preparaba para una vida de servicio en remotos puestos de avanzada del imperio. La abadía en el centro de nuestra pequeña localidad estaba decorada con banderas de regimientos reducidas a jirones en guerras coloniales de la India, Sudáfrica o el Sudán y restauradas sobre tejido de malla por amorosas manos femeninas.

Por ese motivo, cuando la llamada de la patria se materializó en la persona de una maternal funcionaria de treinta y tantos años llamada Wendy, que trabajaba en la sección de visados de la embajada británica en Berna, no es de extrañar que el estudiante inglés de diecisiete años metido en camisa de once varas en una universidad extranjera se

cuadrara de inmediato y exclamara: «¡A sus órdenes, señora!».

Más difícil de explicar es mi afición indiscriminada por la literatura alemana, en una época en que para mucha gente la palabra *alemán* era sinónimo de maldad sin límites. Aun así, lo mismo que mi huida a Berna, esa afición determinó todo el rumbo de mi vida. Sin ella, jamás habría viajado a Alemania en 1949 por insistencia de mi profesor de alemán, refugiado judío; ni habría visto las ciudades arrasadas del Ruhr; ni habría yacido enfermo en un viejo catre de la Wehrmacht, en un improvisado hospital de campaña alemán dentro del metro de Berlín; ni tampoco habría visitado los campos de concentración de Dachau y Bergen-Belsen cuando aún persistía el hedor en los barracones, para luego regresar a la imperturbable tranquilidad de Berna, a mi Thomas Mann y mi Hermann Hesse. Ciertamente, jamás me habrían asignado durante el servicio militar a labores de inteligencia en la Austria ocupada, ni habría estudiado lengua y literatura alemanas en Oxford, ni habría enseñado alemán en Eton, ni me habrían destinado a la embajada británica en Bonn con un cargo subalterno de diplomático como tapadera, ni habría escrito novelas de temática alemana.

La influencia de aquella precoz inmersión en la cultura alemana me resulta ahora bastante evidente. Me aportó mi propia parcela de territorio ecléctico; alimentó mi incurable romanticismo y mi amor por la lírica; e instiló en mí la idea de que el trayecto del hombre desde la cuna hasta la tumba es un incesante aprendizaje, un concepto nada original y probablemente cuestionable, que sin embargo es el que he tenido. Y cuando empecé a estudiar los dramas de

Goethe, Lenz, Schiller, Kleist y Büchner, descubrí que me identificaba por igual con su austeridad clásica y sus excesos neuróticos. El truco, a mi entender, era disimular una cosa con la otra.

El chalet está a punto de cumplir cincuenta años. Todos los inviernos, cuando los niños estaban creciendo, venían a esquiar aquí, y era entonces cuando pasábamos los mejores ratos juntos. A veces veníamos también en primavera. También fue aquí donde estuve enclaustrado durante cuatro hilarantes semanas el invierno, creo que de 1967, con Sydney Pollack, el director de *Tootsie*, *Memorias de África* y —mi favorita— *Danzad, danzad, malditos*, para estudiar a fondo un guion basado en mi novela *Una pequeña ciudad en Alemania*.

Aquel invierno, la nieve era perfecta. Sydney no había esquiado nunca, ni había estado antes en Suiza. El espectáculo de los felices y despreocupados esquiadores que pasaban zumbando delante de nuestro balcón se le hizo insostenible. Tenía que ser uno de ellos y tenía que serlo de inmediato. Quería que yo le enseñara, pero por fortuna se me ocurrió llamar a Martin Epp, monitor de esquí, legendario guía de montaña y uno de los pocos que han completado en solitario el ascenso de la cara norte del Eiger, según tengo entendido.

El eminente director cinematográfico de South Bend, Indiana, y el eminente montañero de Arosa hicieron buenas migas nada más conocerse. Sydney no hacía nunca nada a medias. En cuestión de días, ya era un esquiador competente. Pronto se apoderó de él un deseo imperioso

de hacer una película sobre Martin Epp, que no tardó en trascender sus ganas de rodar *Una pequeña ciudad en Alemania*. El Eiger representaría el Destino. Yo escribiría el guion, Martin se interpretaría a sí mismo y a Sydney lo izarían con un arnés hasta medio camino de la cima del Eiger para filmarlo todo. Llamaba a su agente y le hablaba de Martin. Llamaba a su psicoanalista y le hablaba de Martin. La nieve seguía siendo perfecta y acaparaba gran parte de las energías de Sydney. Decidimos que las noches, después de un buen baño, eran nuestro mejor momento para escribir. Lo fueran o no, nunca llegó a rodarse ninguna de las dos películas.

Más adelante, para mi sorpresa, Sydney le prestó el chalet a Robert Redford, que estaba buscando localizaciones para su película *El descenso de la muerte*. Por desgracia, nunca coincidí con él, pero durante muchos años a partir de entonces, cada vez que iba al pueblo, me rodeaba el aura de prestigio de ser amigo de Robert Redford.

Todas éstas son historias verdaderas contadas de memoria, por lo que tenéis derecho a preguntaros qué es la verdad y qué los recuerdos en un escritor de ficción que se encuentra en lo que delicadamente podríamos llamar el crepúsculo de su vida. Para un abogado, la verdad son los hechos sin adornos. Que sea posible hallarlos o no ya es otra historia. Para el escritor de ficción, los hechos son la materia prima; no su guía, sino su instrumento, y su labor consiste en arrancarle música. La auténtica verdad no reside en los hechos —si es que reside en algún sitio—, sino en los matices.

¿Ha existido alguna vez un recuerdo en estado puro? Lo dudo. Incluso cuando nos convencemos de que estamos siendo desapasionados y de que nos ceñimos a los hechos desnudos, sin añadidos ni omisiones interesadas, el recuerdo puro sigue siendo tan difícil de aprehender como una pastilla de jabón mojada. O al menos lo es para mí, después de toda una vida de combinar las experiencias con la imaginación.

En distintos puntos, cuando he pensado que la historia lo merecía, he copiado algunos trozos de conversación o descripciones de artículos periodísticos que escribí en otra época, porque me ha gustado su frescura y porque la memoria ya no tiene la misma nitidez. Un ejemplo es mi descripción de Vadim Bakatin, el que fuera director del KGB. En otros casos, prácticamente he dejado la historia tal como la escribí en su momento, limitándome a pulirla un poco y a añadirle una o dos notas para aclararla o actualizarla.

Prefiero no suponer en mis lectores un gran conocimiento de mi obra, ni siquiera un conocimiento mínimo, de ahí que de vez en cuando haya incluido algún pasaje explicativo. Sin embargo, podéis estar seguros de una cosa: en ningún momento he falseado conscientemente un suceso o una historia. He disimulado o disfrazado cuando ha sido necesario, sí. Pero falseado, jamás. Y cuando me ha fallado la memoria, he tenido la precaución de decirlo. Una biografía mía publicada hace poco ofrece versiones sintéticas de una o dos de estas historias, por lo que naturalmente me ha gustado reclamarlas como propias, contarlas con mi voz y vestirlas lo mejor que he podido con mis propios sentimientos.

Algunos episodios han adquirido una importancia de la que no fui consciente en el momento que los viví, quizá por la muerte de uno de sus protagonistas. Durante mi larga vida, no he llevado nunca un diario y solamente he tomado notas de diálogos irrecuperables, por ejemplo, de los días que pasé con Yasir Arafat, presidente de la OLP, antes de su expulsión del Líbano; o, más adelante, de mi infructuosa visita a su hotel blanco en Túnez, la misma ciudad en la que varios miembros de su alto mando, acantonados en una carretera a pocos kilómetros, fueron asesinados por un grupo de asalto israelí unas semanas después de mi partida.

Los hombres y mujeres poderosos me atraían simplemente por el hecho de existir, y porque quería entender sus mecanismos. Pero cuando estaba con ellos, no creo que hiciera mucho más que asentir con gesto grave, negar con la cabeza en los momentos adecuados y hacer un par de bromas para aliviar la tensión. Sólo más tarde, cuando me encontraba a solas en mi habitación del hotel, sacaba mi maltrecha libreta de notas y trataba de asimilar lo que había visto y oído.

Las otras notas que han sobrevivido de mis viajes no fueron escritas por mí personalmente, sino por los personajes ficticios que llevaba conmigo como protección, cuando salía a trabajar sobre el terreno. No están escritas desde mi punto de vista, sino desde el suyo y en sus propias palabras. Cuando acurrucado en un refugio subterráneo junto al río Mekong oí golpear las balas contra el fango de la orilla por primera vez en mi vida, no fue mi mano la que consignó mi indignación en un cuaderno sucio, sino la de mi valiente héroe de ficción, el corresponsal de guerra Jerry

Westerby, para quien ser tiroteado formaba parte de la rutina diaria. Solía considerarme una excepción en ese sentido, hasta que conocí a un prestigioso fotógrafo de guerra que me confesó que sólo superaba el pánico cuando miraba la realidad a través del objetivo de la cámara.

Yo nunca lo superé. Pero entiendo muy bien lo que quería decir.

Si tienes la suerte de lograr un éxito temprano como escritor, como me pasó a mí con *El espía que surgió del frío*, durante el resto de tu vida habrá un antes y un después. Cuando vuelvas la vista atrás, los libros que escribiste antes de hacerte famoso te parecerán los de tu inocencia, mientras que los otros, los que hayas escrito después, te parecerán los esfuerzos de un hombre sometido a juicio. «Lo intenta demasiado y se le nota», dicen los críticos. Nunca pensé que me estuviera esforzando demasiado. Consideraba que mi éxito me obligaba a dar lo mejor de mí mismo, y es lo que he hecho siempre, por muy bueno o muy malo que sea lo mejor que puedo dar.

Y me encanta escribir. Me encanta hacer lo que estoy haciendo en este mismo instante: emborronar un papel como un hombre escondido, sobre un escritorio pequeño e incómodo, en una tormentosa madrugada de mayo, con la lluvia de la montaña escurriéndose por la ventana y ninguna excusa para bajar a la estación de trenes, porque el *International New York Times* no llega hasta la hora del almuerzo.

Me encanta escribir sobre la marcha en libretas, mientras camino, en los trenes o en los cafés, y luego volver co-

rriendo a casa para seleccionar lo mejor del botín. Cuando estoy en Hampstead, tengo un banco favorito en el Heath, acurrucado bajo un árbol frondoso y separado de sus compañeros, y es allí donde escribo. Nunca he escrito de otra manera que no fuera a mano. Quizá sea arrogante por mi parte, pero prefiero mantener la tradición centenaria de la escritura sin mecanizar. El artista plástico contrariado que hay en mí disfruta dibujando las palabras.

Lo que más me gusta de escribir es la intimidad. Por eso no voy nunca a ferias literarias y evito las entrevistas siempre que puedo, aunque repasando los archivos no lo parezca. Hay momentos, generalmente por la noche, en que desearía no haber dado nunca ninguna entrevista. Primero te inventas a ti mismo y después te crees tu invención. No es un proceso compatible con la máxima de conocerse a uno mismo.

En los viajes de investigación, me protege parcialmente el hecho de tener un nombre diferente en la vida real. Puedo registrarme en los hoteles sin la angustia de que reconozcan mi nombre, ni la angustia de que no lo hayan reconocido. Cuando me veo obligado a revelar mi identidad a las personas cuya experiencia me interesa, los resultados varían. Algunos me retiran de inmediato su confianza, mientras que otros me promueven a jefe de los servicios secretos y, ante mis protestas de que nunca pasé de ser la más baja de las formas vivientes clandestinas, me contestan que ya se esperaban que dijera algo así. A continuación, me saturan de confidencias que no quiero ni puedo usar, y que seguramente no recordaré, en el falso supuesto de que yo se las transmitiré a Ya Sabemos Quién. He recogido un par de ejemplos de ese dilema entre serio y cómico.

Pero de todos los infortunados a los que he bombardeado de ese modo en los últimos cincuenta años —desde ejecutivos de nivel medio de la industria farmacéutica hasta banqueros, mercenarios y espías de diverso pelaje—, la mayoría me ha demostrado paciencia y generosidad. Los más generosos de todos han sido los corresponsales de guerra y los periodistas destacados en el extranjero, que tomaban bajo su protección al novelista parásito, suponiéndole un coraje que no tenía, y soportaban que se les pegara como una lapa.

No imagino ninguna de mis incursiones en el Sudeste Asiático o en Oriente Próximo sin los consejos y la compañía de David Greenway, el tantas veces laureado corresponsal de la revista *Time*, de *The Washington Post* y de *The Boston Globe* en el Sudeste Asiático. Ningún tímido neófito ha enganchado nunca su vagón a una estrella tan fiel. Una nevada mañana de 1975, Greenway estaba desayunando aquí, en nuestro chalet, disfrutando de un breve respiro del frente de batalla, cuando su oficina de Washington lo llamó para anunciarle que la ciudad sitiada de Phnom Penh estaba a punto de caer en manos de los Jemeres Rojos. No hay ninguna carretera que baje hasta el valle desde nuestro pueblo, únicamente un trenecito que conecta con un tren mayor, que a su vez permite conectar con otro tren más grande todavía que lleva al aeropuerto de Zúrich. En un santiamén, Greenway se cambió la indumentaria alpina por su gastado traje de corresponsal de guerra y sus viejos zapatos de ante, se despidió con un beso de su mujer y sus hijas, y salió pitando cuesta abajo, hacia la estación. Después salí yo pitando tras él, con su pasaporte.

Es bien sabido que Greenway fue uno de los últimos periodistas estadounidenses en ser izado hasta un helicóptero desde el tejado de la asediada embajada de Estados Unidos en Phnom Penh. En 1981, cuando sufrí un ataque de disentería en el puente Allenby, que conecta Cisjordania con Jordania, Greenway me guio personalmente a través de la masa de impacientes viajeros que esperaban para pasar los controles, logró con su labia y su fuerza de voluntad que nos dejaran cruzar el puesto fronterizo y me depositó a salvo al otro lado del puente.

Releyendo algunos de los episodios que he descrito, me doy cuenta de que, ya sea por egocentrismo o por dar mayor nitidez a la historia, he omitido mencionar a las otras personas que también estaban conmigo en los distintos momentos.

Pienso, por ejemplo, en mi conversación con el físico ruso y preso político Andréi Sájarov y su mujer, Elena Bonner, que tuvo lugar en un restaurante de lo que aún era Leningrado, bajo la tutela de Human Rights Watch, tres de cuyos miembros se sentaron a la mesa con nosotros y sufrieron las mismas intromisiones infantiles de la horda de falsos fotoperiodistas del KGB, que desfilaban en círculos a nuestro alrededor, disparando en nuestras caras las anticuadas lámparas de flash de sus cámaras.

Espero que otros de los que estuvieron presentes hayan escrito también su versión de aquel día histórico en algún otro sitio.

Vuelvo la vista atrás y veo a Nicholas Elliott, el fiel amigo y colega del doble agente Kim Philby, merodeando por el salón de nuestra casa de Londres con una copa de brandy en la mano, y recuerdo demasiado tarde que mi mujer

estaba tan presente como yo e igual de fascinada, sentada en un sillón frente a mí.

También recuerdo, mientras escribo estas líneas, la noche en que Elliott trajo a cenar a su esposa, Elizabeth, coincidiendo con un invitado iraní muy querido, que hablaba un inglés irreprochable, con un ligero e incluso favorecedor defecto del habla. Cuando nuestro amigo iraní se marchó, Elizabeth se volvió hacia Nicholas y con ojos brillantes dijo emocionada:

—¿Te has fijado en su tartamudeo, querido? ¡*Igual* al de Kim!

He colocado el largo capítulo sobre mi padre al final del libro, y no al principio, porque no quería que fuera cabeza de cartel, por mucho que a él le hubiera encantado. Pese a las muchas horas que he pasado atormentándome por su causa, sigue siendo en gran parte un misterio para mí, lo mismo que mi madre. A menos que indique lo contrario, todas las historias están recién sacadas del horno. Cuando me ha parecido necesario, he cambiado un nombre. Aunque el protagonista haya muerto, puede que a sus herederos y allegados no les haga gracia la publicidad. He intentado delinear un camino ordenado a través de mi vida en lo temático, ya que no en lo cronológico; pero, como suele pasar, el camino se ha ido ensanchando hasta la incoherencia y algunas historias se han convertido simplemente en lo que son para mí: incidentes aislados que se agotan en sí mismos y no apuntan en ninguna dirección que yo sepa. Las he contado por lo que significan para mí y porque me alarman, me asustan o me emocionan, o bien porque hacen que me despierte en medio de la noche riendo a carcajadas.

Con el paso del tiempo, algunos de los encuentros que describo han adquirido la categoría de pequeños fragmentos de historia sorprendida in fraganti, aunque supongo que todos los viejos deben de sentir lo mismo. Tras releerlos en su conjunto, de la farsa a la tragedia, y de vuelta a la farsa otra vez, los encuentro levemente irresponsables, aunque no sé muy bien por qué. Quizá sea mi propia vida lo que encuentro irresponsable, pero ahora es demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Hay muchas cosas sobre las que prefiero no escribir, como las hay en la vida de cualquiera. He tenido dos esposas inmensamente leales y entregadas, y a ambas les debo un agradecimiento inconmensurable y no pocas disculpas. No he sido ni un padre ni un marido modélico, y tampoco me interesa aparentarlo. El amor me llegó tarde, después de muchos pasos en falso. Mi educación ética ha sido cosa de mis cuatro hijos. De mi trabajo para la Inteligencia británica, desempeñado sobre todo en Alemania, no quiero añadir nada a lo que ya han escrito otros, de manera inexacta, en otros sitios. En esto me siento obligado por un resto de anticuada lealtad a mis viejos servicios, pero también por las garantías dadas a los hombres y a las mujeres que accedieron a colaborar conmigo. Quedó entendido entre nosotros que la promesa de confidencialidad no estaba sujeta a ningún límite temporal y que abarcaba también a sus hijos e incluso a sus nietos. El trabajo que desarrollábamos no era peligroso ni dramático, pero suponía un doloroso examen de conciencia por parte de los que se avenían a participar. Por eso, con independencia de que

esas personas estén ahora vivas o muertas, la promesa de confidencialidad se mantiene.

El espionaje me vino dado de nacimiento, lo mismo que el mar a C. S. Forester, o la India a Paul Scott, supongo. A partir del mundo secreto que conocí, he intentado crear un teatro para los mundos más extensos que habitamos. Primero viene la imaginación; luego, la búsqueda de la realidad. Después, la imaginación otra vez y, finalmente, el escritorio ante el cual estoy sentado.



